

UN NUEVO MODO DE SER VIDA RELIGIOSA

P. Víctor
Codina, SJ*

Antecedentes histórico- teológicos

Juan Crisóstomo afirmó que “Sínodo es el nombre de la Iglesia”¹. Y sínodo significa un camino conjunto, por tanto movimiento y comunión. Aplicado a la Iglesia significa que la Iglesia, Pueblo de Dios, avanza hacia el Reino en comunión con todos los bautizados, en un clima de diálogo, escucha y discernimiento. Un ejemplo clásico de Iglesia sinodal fue el llamado concilio o sínodo de Jerusalén de Hechos 15 y diversos sínodos del primer milenio eclesial.

Pero con el tiempo, el término sínodo se redujo a las asambleas de obispos locales y universales, mientras la Iglesia adquiriría una estructura cada vez más piramidal, centralizada y “papalizada”. En el Vaticano II, Pablo VI comenzó a convocar nuevamente sínodos para toda la Iglesia en 1965. Pero la sinodalidad es mucho más que la colegialidad episcopal o los sínodos de obispos.

* Es Jesuita, doctor en teología, desde 1982 a 2018 ha trabajado en Bolivia en tareas teológicas y de pastoral popular, miembro de equipo teológico de la CLAR durante 9 años. Actualmente reside en Barcelona. Sus últimas obras son *Sueños de un viejo teólogo*, Bilbao 2017 y *El cielo, esperanza y compromiso* Santander 2018.

Francisco, el 16 de octubre de 2015, en el Sínodo de la Familia, recordando los 50 años de la fundación de los sínodos eclesiales, tuvo un discurso, seguramente de los teológicamente más significa-
¹ Exp in Psal, 55,493.

tivos de su pontificado: la Iglesia es sinodal, es caminar juntos, como afirmó Juan Crisóstomo, en una escucha mutua, para conocer lo que el Espíritu dice a las Iglesias. Lo que afecta a todas/os, debe ser tratado por todas/os, como afirmaba la tradición eclesial. El fundamento último de esta actitud fraterna y confiada es la unción del Espíritu que cada bautizado ha recibido. Esta sinodalidad no excluye la dimensión apostólica de la Iglesia *cum Petro et sub Petro*, sino que se abre a la sociedad, pues junto a ella camina hacia el Reino de Dios. La sinodalidad es una dimensión constitutiva de la Iglesia de hoy. El Documento de la Comisión teológica internacional, *La sinodalidad en la vida y la misión de la Iglesia* (02.03.2018) y sobre todo la Constitución apostólica de Francisco, *Episcopalis communio* (15.09.2018) profundizan y actualizan el tema.

La sinodalidad es el “nosotros eclesial”, supone corresponsabilidad, participación activa de todas/os las/os fieles, diálogo con diferentes culturas y religiones, libertad de opinión, escucha de todas/os con especial atención a los pobres y su piedad que es un lugar teológico, apertura a la

ecología, reforma de la Iglesia, superación de todo patriarcalismo y machismo². Si todo esto es cierto, la sinodalidad afecta no solo al ministerio ordenado, sino también a las/os laicas/os y a los diferentes carismas como la Vida Religiosa.

¿Una Vida Religiosa sinodal?

A primera vista nos puede parecer que la Vida Religiosa siempre ha sido sinodal, que ha caminado en la Iglesia y con la Iglesia. Sin que esto sea falso, no puede negarse que la Vida Religiosa, desde el monacato hasta nuestros días, ha tenido el riesgo de cierto aristocratismo espiritual, de sentirse superior a otros miembros de la Iglesia, en un “estado de perfección”. Asimismo, el vivir de forma muy autónoma, en una *splendid isolation* con la tentación de convertirse en algo autorreferencial, llevando una vida un poco paralela a la de los demás, tanto en su espiritualidad como en sus obras e instituciones apostólicas. En muchas congregaciones las personas cambiaban el nombre bautismal para asumir en los votos un nuevo nombre religioso, como si

² Ver a Codina, “Hacia una Iglesia sinodal”, 165-174.

la Vida Religiosa fuese un segundo bautismo.

Las numerosas vocaciones han sido vistas como un signo de la bendición de Dios, por tanto, una confirmación divina de este caminar un tanto al margen de los demás miembros eclesiales. Las relaciones mutuas con el episcopado nunca han sido muy fluidas, menos aún con el clero diocesano. Las/os laicas/os han sido considerados inferiores y en el mejor de los casos ayudantes y colaboradores. A lo largo de la historia ha habido una cierta competitividad entre las diversas congregaciones religiosas, cada una deseando un buen puesto en el ranking espiritual y apostólico eclesial.

Pero, inesperadamente, la Vida Religiosa del mundo occidental ha entrado en crisis. La disminución de vocaciones, el envejecimiento, la imposibilidad de mantener las instituciones propias como hasta ahora con personal religioso propio y los problemas económicos, están conduciendo a una reducción de obras, a la unión de provincias y a una llamada angustiada a las/os laicas/os pidiendo ayuda. En estos momentos se valora al laicado o la inter-congregacionalidad como algo necesario para

el buen funcionamiento, pero ¿es esto la sinodalidad eclesial?

¿Qué supondría una Vida Religiosa sinodal?

Habría que partir del bautismo como don del Espíritu que nos introduce en la Iglesia pueblo de Dios y nos hermana con todos los demás miembros eclesiales. Ciertamente esto ya se afirma en el Vaticano II (LG II), pero todavía hay resabios teológicos de la mentalidad anterior.

Esta radical igualdad en Cristo no niega la diversidad de carismas eclesiales, jerárquicos y no jerárquicos (LG 4), pero tampoco busca competencia o superioridad, sino cooperación fraterna al Reino de Dios, a la única misión de Dios, de Cristo y de la Iglesia. A esta misión todos somos convocados desde nuestra situación personal, laical, religiosa o ministerial, cada uno viviendo su propia identidad, en una Iglesia sinodal y poliédrica.

Nadie ha de renunciar a su propio don, que es un don del Espíritu para la Iglesia, nadie ha de renunciar a su propia espiritualidad religiosa (benedictina, franciscana, dominicana carmelitana, ignacia-

na, salesiana, de Foucauld...), sea laical matrimonial o sea presbiteral. Todos somos necesarios, nos enriquecemos con el intercambio de dones al servicio de una única misión.

Supuesta esta fraternidad radical bautismal, surgen una serie de interrogantes a nivel interno y externo.

Al interno de la misma comunidad religiosa se acrecientan preguntas como: ¿hay escucha?, ¿se comparte la fe?, la autoridad competente, ¿de qué manera actúa?, ¿hay inclusión fraterna y sororal, con los miembros de otras culturas y de otros estratos sociales?

Pero como si esto no bastara, las dificultades crecen y se agudiza en la praxis pastoral con otra serie de interrogantes: ¿obras propias o conjuntas?, ¿sé colaborar en obras que dirigen laicos?, ¿cuál es el criterio para ser el director de la obra?, ¿el propietario y dueño económico de la obra es quien la dirige?, ¿qué experiencias tenemos de fundaciones, directorios u otro tipo de instituciones?, ¿qué hacer para que la identidad religiosa espiritual no se diluya? Y una cuestión más ¿la Vida Re-

ligiosa ha de tener obras propias o bien ha de incorporarse a obras civiles públicas (sociales, educativas, de salud, de comunicación) y a obras eclesiales ya existentes (parroquias, caritas, Universidad católica, etc.)?

Las obras religiosas propias o con laicos no pueden ser el último reducto de una Iglesia de cristiandad, ni el carisma propio se debe diluir en una parroquialización de la Vida Religiosa, en una ONG, o en una mera institución civil o estatal. La misión de la Vida Religiosa es ser profetas y profetisas en el mundo secular y pluri-religioso occidental moderno.

El tema de la formación conjunta de las nuevas vocaciones ofrece posibilidades y retos que se encaminan hacia una vida comunitaria intercongregacional, con laicos, con familias, con migrantes.

Actualmente, existen experiencias apostólicas y comunitarias que son un signo de los nuevos tiempos: caminos itinerantes en territorios amazónicos donde conviven laicos y Vida Religiosa intercongregacional; religiosas y religiosos insertas/os en comunidades indígenas, viviendo con

ellos y como ellos; religiosas y religiosos que trabajan con laicos en campos de refugiados; obras educativas conjuntas, como Fe y Alegría y algunos de MCS.

Seguramente, no se encuentran recetas fáciles porque se trata de un proceso en el que el tiempo es superior al espacio (EG 222-225). El camino es el discernimiento eclesial y espiritual para ver, escuchar y obedecer las intuiciones del Espíritu.

Algunos criterios de discernimiento

A la luz de los signos de los tiempos (GS 4; 11; 44) se entrevén algunas señales de la presencia del Espíritu en la Iglesia y el mundo de hoy:

- El protagonismo de los laicos en la Iglesia, hasta ahora marginados o pasivos
- Las mujeres como la solución de la Iglesia, frente a una tradición machista y patriarcal
- La prioridad de los pobres, en la escucha de su clamor y de su piedad, como lugar teológico (EG 197-201)

- La escucha a las nuevas generaciones pues a través de ellas no raramente nos habla el Espíritu, como afirma la Regla de S. Benito

- El no tener miedo a una Vida Religiosa con comunidades más pequeñas, más pobres, más insignificantes y dispersas, más nazarenas

- El acentuar la dimensión carismática, espiritual y mística de la Vida Religiosa en un mundo moderno post-cristiano y el caminar en la fe, aunque sea de noche

- El poner la esperanza solo en el Señor y en la fuerza creadora del Espíritu, siempre desconcertante y sorpresiva.

En realidad, cada vez que el Espíritu cierra ventanas, abre puertas (Hch 16, 6-10). Es necesario que el estilo de Vida Religiosa occidental muera para dejar nacer otro estilo más evangélico y actual. Es necesaria una renovación del Espíritu y una reforma institucional³. Lo dicho hasta el

³ Congar, "Renovación del Espíritu y reforma de la institución", 326-337; 329-330.

momento se puede resumir en una bella parábola de Fernández Buelta:

“El Reino de Dios se parece a un roble sacudido por el huracán. Soplan vientos con fuerza, inclinan la copa, desgajan las ramas y arrancan las hojas.

Pero los mismos vientos que atacan al roble se llevan semillas aladas a grandes distancias. Donde cae una semilla, nace un roble nuevo. El huracán que parece destruir al roble de hoy, siembra sin saberlo el nuevo bosque que cubrirá mañana toda la montaña”⁴.

⁴ González Buelta, *Tiempo de crear. Polaridades evangélicas*, 29.